

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'10 cts.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Redacción y Administración, Mayor, 21.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. John P. Jones, 31 Faubourg Montmartre.

La correspondencia al Admin-

dor



La Unión y el Fénix Español
Compañía de Seguros Reunidos

Capital social: 12.000.000 de pesetas

efectivas, completamente desembolsado

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
45 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS SOBRE LA VIDA.—SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: HIJOS DE SORO. Caballero 4, 6, 8, 9

El estado de Grecia

La Liga militar griega trabaja desde hace tiempo por anular la vida del ministerio, como si juzgara á este un impedimento para sus planes de dictadura.

Reconocen los militares griegos que el actual Gobierno ha prestado servicios al país, pero creen que, representando á un partido se esforzará durante el próximo período electoral en servir á este partido.

Creen también los sostenedores de la dictadura que la obra legislativa debe ser completada por una depuración del personal del Gobierno.

Para una cosa es querer derribar un Gobierno y otra conseguirlo.

El gabinete Manromphalis cree que ha cumplido ya promesas que hizo al país y á la Liga militar y afirma que no abandonará el poder mientras goce de la confianza de la Corona y del Parlamento.

Con este sistema, sólo queda á la Liga militar el uso de la violencia. Tal es la situación.

La Liga militar ha intentado ya antes de ahora derribar los ministerios civiles, sin conseguirlo. Ahora, y en virtud del efecto que sus amenazas produjeron en los ánimos de los políticos Teotokis y Rhyllis, aspiran á conseguir la implantación de un poder militar que gobierne en realidad la nación; manejando á sus caprichos los ministerios civiles.

En una palabra, los militares griegos quieren ejercer, por sí solos, el mismo papel desempeñado en Turquía por el famoso Comité Unión y Progreso.

Más como estas ambiciones, especialmente de la sublevación del teniente Typhalos no pueden ser expuestas á la opinión en toda su desnudez, los militares griegos disfrazan sus fines persas, de medida contra la pretensión de que el Parlamento ha de volver á determinar las leyes, destinadas bien á completar la independencia de la administración respecto á la política, bien á limitar la influencia de los centros financieros.

re, decretando la incompetencia entre el mandado de diputado y las funciones de director abogado ó miembros del Consejo de administración de grandes compañías.

La Liga insiste también en la revocación de los cuatro ministros griegos en París, Roma, Berlín y Viena y aun cuando en otras ocasiones, la amistad del rey Jorge con varios de estos ministros les salvó en su cargo, ahora parece que, así no se accede totalmente á las pretensiones de la Liga en este punto, se atenderá en parte.

No se sabe aún el resultado de las reformas que persigue la Liga militar griega, pero seguramente que su acción no tendrá tan rápido efecto, como la obtenida por los temerosos jóvenes turcos, á quienes quisiera imitar los militares griegos.

El conflicto militar

Después de tirada nuestra edición de ayer recibimos telegramas de Madrid dando cuenta de los sucesos militares que hoy preocupan á la opinión.

Según parece gran número de jefes y oficiales de distintos cuerpos de la guarnición se situaron frente á la redacción de «La Correspondencia Militar» periódico que viene publicando una serie de artículos censurando al Ministerio de la guerra por las recompensas otorgadas á jefes y oficiales del ejército por méritos contraídos en la campaña del Rif.

Al tener conocimiento de ello el general Luque contrató inmediatamente con el jefe del Gobierno señor Moret informándole de lo ocurrido, adoptándose oportunas medidas para que el suceso no tuviera más alcance.

Entre otras medidas, que ya publicamos ayer, el ministro de la Guerra dispuso que los oficiales que acudían á la manifestación, fuesen alojados á un castillo.

En las Prisiones militares han ingresado el comandante y el capitán

de caballería Sres. Fernández Gollín y Quelpo del Llano, respectivamente.

El número de jefes y oficiales que han ingresado en prisiones es muy crecido.

Se dictó también la orden para la detención del director gerente de «La Correspondencia Militar».

Dícese que el capitán de caballería señor Quelpo del Llano, irá á cumplir condena á un Castillo de Cádiz.

El comandante señor Amado, redactor jefe de «La Correspondencia Militar», irá al Castillo de Jaca.

El comandante señor Fernández Gollín, irá á uno de los Castillos de Cartagena.

El general Linares envió una expresiva carta al Sr. Luque elogiando entusiastamente la conducta del ministro, pues como amante del Ejército y de la disciplina no podía menos de aplaudir las medidas adoptadas.

El exsubsecretario de Guerra Montes Sieria visitó á Luque, haciendo constar análogos sentimientos que la carta de Linares.

Se sabe que Moret acudió á Palacio media hora antes del Consejo, conferenciando largamente con el rey para enterarle de las medidas que le había propuesto Luque, quien desde ayer tenía redactados los decretos de los relevos.

El Rey aprobó todas las medidas. Moret, entró á Luque, antes del Consejo, de su entrevista con el rey.

«La Correspondencia Militar» se limita á dar cuenta del Consejo de ministros, diciendo que se batieron de comentarios por temor, á caer en los duros brazos de la ley de jurisdicciones.

«Pleitos tengas...»

Vistiéndose en lontananza un adepto en materia de litigios el abarrotamiento de los pleitos. Como los picapleitos abundan cada vez más se ha llegado á comprender la necesidad de que todos vivan, y para eso es indispensable poner el arte de pleitear al alcance de todos los bolsillos.

Para ello se harán leyes nuevas de procedimiento y se modificará por completo la urdimbre pleitea. Es admirable lo que hoy adelantan las ciencias... las ciencias de sacar los cuartos al ciudadano pacífico.

Será hermoso y además constituirá

un progreso, según los goliath de profesión poderle decir al litigante: «Oye mastuerzo; nada temas. Si pleiteas por valer de mil duros, no te llevaremos más que mil pesetas.»

Antes, es decir, ahora, todavía, supuesto que sólo se trata de un plan reformista los ricos que pleiteaban se quedaban pobres; y los pobres se quedaban reducidos á pavesas; lo cual justificaba y justificó la famosa maldición del litigante: «Pleitos tengas y los genes.»

A fuerza de tirar tanto de la cuerda la gente se llama á engaño y prefiere morirse de aco en un rincón antes que meterse en pleitos. Pero esto á la gente de curia no le conviene y los picapleitos se han perseguido de que por el camino que van sólo pueden llegar á la más aflictiva ineptia.

Es preciso que vivan todos, los litigantes y los picapleitos y de ahí el propósito de abaratar los pleitos. Pero hay más que decir el malabarista de las bolas; y se más en materia curulesca es que se tira á establecer cosas fijas en lo criminal; y á más de esto, ¡oh amado Teófilo! á respetar el hogar doméstico. ¡Vamos, si parece mental!

Para animar á los litigantes, se trata de conseguir que los Tribunales no puedan embargar cuando haya en la casa del delincuente, impidiendo que se prive á su familia de todo medio de vida. Gracias, apreciables picapleitos sacerdotes del derecho, gracias por vuestra magnanimidad procurando una reforma tan suave, tan dulce, tan sabrosa... «como la fruta del cercado ajeno» que dijo el poeta.

Lo que hace el hambre y la falta de clientes! Si esa reforma se consigue se animarán los litigantes; volverá á todo su esplendor la curia; reavivirán los picapleitos y toda la gente judicial volverá á estar proude y reluciente, viva y efectiva, como quien echó aceite á un candil.

Así y todo, el mejor pleito es no tenerlo; porque el diablo les carga como las pistolas de marías, pues se empieza con fusiles y se acaban con desencantos; y más vale un mal convenio que un buen pleito.

ABEL IMART.

La moral y los niños

Robustecer el espíritu de los niños con una moral cristiana, en la escuela y en el hogar, es obligación esencial de maestros y padres.

Muy delicada misión es formar el corazón de la niñez, con completo conocimiento educativo, porque unas

veces el descuido y otras el amor paternal, dejan al espíritu del niño sin rumbo fijo, como nave pequeña entre rudo o esbo. En peligro inminente.

Es muy fácil hacer hipócrita al niño, si no se le inculcan con sumo cuidado los sentimientos de nobleza y la Patria, como fundamentos esenciales que han de integrar su vida.

Si la religión no hay código de moral que pueda hacerlos más tarde honrados ciudadanos; sin llevar en sus pechos grabados los altos sentimientos que inspiran el ideal de la Patria, no podrán después trabajar por su engrandecimiento, ni llegar al sacrificio por ella.

Si padres y maestros enseñan moral cristiana y no la practican con el ejemplo, se refará seguramente en el alma del niño el hipócrita velo que envuelven muchas veces los actos humanos y se les enseñará á ser mentirosos, á ocultar sus pensamientos, á no demostrar sus obras y tachar las veces aparecerá, bueno, noble, en la forma, pero llevará ya dentro el veneno del vicio, aunque sea en su aspecto menos sensible.

Pero el tiempo irá desarrollando ese germen y más tarde se mostrarán las tendencias de lo adquirido, hasta inclinarse al mal y hacerle perseverante en él.

La misión educativa, tan delicada, tan importante, no es por desgracia en nuestra Patria la más atendida.

Yo sería inflexible con los padres y maestros de los niños, cuando descuidan en la enseñanza y educación moral de los mismos, pues nada hay más hermoso que la niñez en el orden físico y moral, ni nada tan susceptible de corromper como ella.

Todo poder, toda abnegación, todo cuidado, debe estar á su servicio, como perfume que vaya consolidando en sus almas las virtudes.

Cuando veo en las vías públicas niños que maldicen, que se hieren, que no tienen pan, llenos de harapón, busco la moral social del mañana en sus palabras, en sus gestos, en sus propias obras; y la energía física que dé brazos fuertes para el trabajo en sus caras amarillentas, sucias, llenas á veces de proteridad y no veo más que miseria, pasiones desventuradas.

Muchos no llegan á la edad viril,

mueren en la juventud agostados por la miseria y por los vicios.

¡Cuánta responsabilidad para las conciencias que pudieran llevar su grano de arena para la redención de esa niñez desvalida!

La enseñanza de a moral cristiana y la corrección progresiva de los defectos adquiridos, podrían lograr algún día el remedio de estos grandes males de los pobres niños, irresponsables del abandono en que se hallan.

Hay que instruir, educar y moralizar á la niñez, para que el verdadero progreso llegue al alma del pueblo y pueda en su día, siendo los hombres del mañana, hacerse cargo de lo que es, de sus ventajas prácticas y aprovecharlas dentro de la moral y del bien.

Trabajemos por la enseñanza de la niñez y habremos adelantado mucho para el progreso moral y social del porvenir.

JOSE CARRAJAL.

Cantares en prosa.

La viejecita

Cantaban los pejarillos cuando la iban á enterrar. ¡Qué saludo más hermoso para un alma que se va! (N)

La llamaban «la viejecita» por lo callada y recogida; nadie podía decir que aquella huertana había ido á diversión alguna.

¡Siempre metida en su casa! Unicamente los domingos salía para la iglesia, vestida con su ropica nueva, á rezar por aquel huertano que la había dado palabra de volver del servicio á casarse con ella.

Al poco tiempo, todos los huertanos y huertanas acompañaban á «la viejecita» á su última morada, que murió de pena al saber que su novio le había olvidado, faltando á sus juramentos.

Los pejarillos cantaban, cuando la iban á enterrar.

¡Qué saludo más hermoso para un alma que se va! Cecilio Recalde.

Cartagena.

Juventud intelectual

Esta Academia en Junta general celebrada en la noche de ayer en su domicilio social San Antonio el Pe-

En aquel momento no hubiese conflagrado por cada del mundo que tenía el libro, y, sin embargo, comprendía que la única persona á quien verdaderamente que la ocultarlo, lo sospechaba. Estefanía permaneció obstinadamente callada, mientras madama de Bel Salmón echaba pestes contra las gentes ó los criados que andaban con sus libros sin su permiso.

Cuando estuvo sola, dos horas más tarde, madama de Cornuet perdonó la torpeza de la falta que había cometido. Confiar que tenía gana de leer *Marion de Lorme* era una cosa muy natural, si lo hubiera dicho naturalmente; pero declararlo después de haber estado callada mientras regañaba Mad. de Bel Salmón, hubiera sido dar á este incidente un alcance incalculable respecto á Luciano. Este de seguro sospechaba que quien había cogido el libro había sido ella, pero de la sospecha á la certidumbre había un mundo, y no quería darle ella misma esta certidumbre. No tenía, pues, más remedio que entrar furtivamente en la biblioteca al día siguiente, y volver á colocar el volumen en su sitio.

Pero Mad. de Bel Salmón era una mujer de orden; y por meses motivo hubiera tomado sus precauciones. La puerta de la biblioteca estaba cerrada, no para evitar la restitución del libro desaparecido, sino para impedir la desaparición de cualquier

tancias referidas por la criada añadió el talento perpicaz de Mad. de Bel Salmón, la muy agravante de que aquel hecho, perfectamente incomprensible, había ocurrido durante la ausencia de monsieur de Cornuet. Sin embargo, Clara escuchó con fría dignidad la confidencia de la doncella, pero en cuanto se reanó con la señora Barrosa, con Fulgencio y con el caballero de San Luis, las murmuraciones tomaron vuelo. No se podían contar las exclamaciones de unos y otros, los gestos discretos que hicieron el cura, y el caballero, mientras Fulgencio, con aire doliente, lanzaba significativas miradas á la señora Barrosa. Por fin, ésta interrumpió el relato de Mad. de Bel Salmón diciendo:

—¿Qué tú, señores? ¿Qué les dije yo á Vds.?

Mad. de Bel Salmón miró asombrada á los tres interlocutores y á Fulgencio, como queriendo decir: «¿qué es esto, la señora Barrosa ha dicho algo y yo no lo sabía?»

Fulgencio bajó la cabeza como una persona que se convence con pena de lo que le están diciendo, y continuó con triste acento:

—Confieso que no quería creerlo, y que no he querido hablar de ello, porque la cosa dicha, por mí podía haber parecido una acusación que me diera la antipatía que me inspira ese caballero; pero ya hay que ceder ante la evidencia, y puesto que es verdad...

veja el amor de la mujer rehabilitado después de la prostitución, la rehabilitación del corazón y del porvenir del hombre, debía ser más posible. Y si una mujer quisiera hacerse entrever la santidad de un amor verdadero, de un afecto desinteresado, se convertiría, del hombre que era, en el que debía haber sido. Hay que convenir en que la empresa no sería difícil cuando el hombre de que se tratara tuviese una conciencia tan exacta de sus errores que se aprte de la virtud por creerse indigno de contemplarla, y quizá...

Al llegar á este punto en sus reflexiones, Madama de Cornuet arrojó el libro lejos de sí; se levantó nuevamente, abrió la ventana y salió con fuerza el aire fresco de la noche.

A la mañana siguiente estaba pálida y cansada; y, sin embargo, menos seria y menos tranquila que de costumbre, prestó algo de atención á las palabras de Fulgencio, se mostró casi lisonjera con Mad. de Bel Salmón, quiso jugar é hizo hablar á su compañero de juego. Tenía necesidad de hacer algo que no le permitiera pensar, y así lo había logrado, cuando un incidente inesperado le causó nuevas inquietudes y un verdadero pesar.

Desde la noche de la famosa discusión, el cura no había vuelto al castillo. Fulgencio, que sabía que en su calidad de sacerdote cristiano debía practicar la virtud de la paciencia, le cogió por su